



## CLAUSURAR EL PASADO PARA INAUGURAR EL FUTURO. DESANDANDO POR UNA CALLE PACEÑA

octubre de 2016

**SILVIA RIVERA CUSICANQUI**

La Paz - Chukiyawumarka

*Las imágenes son para mí el modo alegórico de comprender una sociedad de silencios y medias verdades. En Bolivia, como en México – ya lo dijo Octavio Paz hace más de medio siglo – las palabras se utilizan no para designar la realidad, sino para encubrirla. En los años 90 hice un ensayo visual que ha conocido varias versiones, desde la fiebre de modernización apresurada que se vivía entonces, hasta la actual depredación minera en las zonas cacaoteras del nor-orienté de La Paz. Lo que expresan esas fotografías – que siempre fueron las mismas, en todas las versiones – fue la destrucción de una de las calles más bellas de la ladera Oeste de mi ciudad, donde yo solía huir del tedio de la oficina a comer una saxra hora con mi papá.*

*Las palabras nunca fueron capaces de sacar a la luz el horror y la paradójica belleza de esas demoliciones.*

*(Des)andar es retomar el camino de lo andado y darse la mano con la memoria. No es cantar una elegía nostálgica a un pasado que se fue. Con espíritu reflexivo, las fotos fueron un andar, doliente y pausado por una calle vital en las rutas de mis tatarabuelos.*

*No soy fotógrafa ni artista y utilizo las imágenes como una media lengua, para expresarme a través de lo que veo con los ojos, también con mi chuyma y con mi pensamiento. Estamos en un mundo al revés, en el que las palabras se han convertido en moneda devaluada, y el conocimiento se atesora en bóvedas bancarias, esos recintos que en el Norte llaman bibliotecas, donde el saber se desinfecta y se distancia de todo nexo con la acción.*

*Estamos en un mundo que prefiere erigir monumentos al pasado, y no parar la destrucción que se vive en el presente. Un mundo aporético que rinde culto esquizofrénico a los artefactos materiales de la modernidad, pero que a través suyo articula viejas lógicas. Voy a mostrar unas pocas imágenes que dan cuenta de ese recorrido.*



Una vez, imbuida de un espíritu Anti-Postal, tomé así la foto del cerro tutelar de mi ciudad: el achachila Illimani. Símbolos y “tradiciones” se han vuelto palabras mágicas, vacías y devaluadas por el uso y por su afán de entrar al mercado de saberes de la modernización global. Es paradójica la actitud patrimonialista de los gobernantes de mi ciudad.

Son los albañiles y constructores, un gremio de muchos siglos, que se refundó como Sindicato en 1924, bajo el alero anarquista de la FOL. Uno de sus inspiradores, albañil también, dijo: “No tenemos miedo a las ruinas. Los obreros hemos construido mansiones y palacios: podemos destruirlos y volverlos a construir con nuestra furia. Esa furia que está creciendo ahora mismo, mientras ustedes miran”....





Jaime Saenz, el poeta de mi ciudad, recordaba sus juegos en los vericuetos de un conventillo de *Chukiyawumarka*. Dizque él y sus amiguitos destapaban grandes piedras para descubrir hormigueros, que a sus ojos eran ciudades subterráneas. "El cuarto patio era Bolivia" escribió en *La Piedra Imán*.

Pero también, con la destrucción de la ciudad arcaica y con el olvido de esas huellas mal digeridas de pasado, se transforma éste en un ornamento esteticista del presente. Y la memoria colectiva en una pila de escombros.

Quisiera revertir esta historia, así que miro a las antiguas casas de la Illampu en su fase democrática, cuando dejaron de ser el hábitat de la vieja elite cacical y mercantil aymara de la colonia. En la primera mitad del siglo XX, se habían llenado de inquilinos.





Los dueños de la élite habían abandonado las casas, dejando el espacio a diversos ocupantes, que compartían una única fuente de agua para cocinar, pero que en las mañanas eran los primeros en saborear el pan.

Allí habitaron artesanos, laboriosos mecánicos y tejedoras, agitadorxs anarquistas, y hasta la "China Ratera", que vestía de hombre y andaba en bicicleta, ayudando a organizar motines. Gente que cerraba sus puertas por las noches, después de acaloradas asambleas, pero que las abría para pasar la fiesta, celebrar a los santos y a los diablos, reconciliarse con el tiempo y con la memoria rebelde de la ciudad.





Pero tengo que acabar este ensayo. En contradicción con la lógica de mis tatarabuelos aymaras que siempre recomiendan *qhip nays untasis sarnaqapxanani*: doy la espalda a ese pasado y miro de frente el futuro de la ciudad. Y me pregunto: ¿Será que ha llegado la modernidad a la calle Illampu?



---

---

## CLAUSURAR EL PASADO PARA INAUGURAR EL FUTURO.

En el ensayo visual que acabo de resumir<sup>1</sup>, intenté hacerme cargo de las formas confusas de la heterogeneidad multi-temporal boliviana, registrando en fotografías, a lo largo de diez años, la destrucción de una antigua calle de mi ciudad natal. En el proceso de elaborar la parte escrita del ensayo tuve que resistirme al gesto nostálgico y esteticista que me embargaba a veces y elaborar, partiendo de esa misma nostalgia, una lectura crítica de los procesos de modernización urbana que vivimos en los años duros del neoliberalismo. Desde los años setenta, a título de modernizar la calle Illampu, se demolieron una por una las casonas y los tambos<sup>2</sup> erigidos por la elite comercial indígena y chola de los siglos XVIII-XIX. Esas imponentes edificaciones de tres y cuatro patios –hechas de grueso adobe y teja por maestros-albañiles indígenas, que adaptaron técnicas coloniales a sus saberes ancestrales– fueron arrasadas en aras de un delirante proyecto urbanístico que convirtió a la Illampu en un túnel de cubos de concreto de ordinaria factura y gusto estético “modernista”, imitativo y caricaturesco.

En el ensayo intento redescubrir las huellas del pasado que anidaron tras los muros de adobe de la Illampu –en realidad varios pasados, que van de lo señorial a lo indio–, y proyectarlos al futuro de la calle (un fracaso urbanístico a la vista). También quería imaginar las reactualizaciones que se inscriben en el trasfondo de los espacios aparentemente modernos que hoy la pueblan. Según cuenta Álvaro Pinaya (2012), antes de su demolición, las casonas y tambos de la Illampu se habían democratizado por la fuerza de su deterioro: se convirtieron en conventillos, inquilinatos intratables a nivel jurídico. Sus dueños procedieron a venderlas como último recurso para expulsar a sus ocupantes –artesanos, comerciantes, viajeros y trajinantes– que habían recreado comunidades urbanas de vital inserción en la economía y en las luchas sociales de la ciudad. La existencia de esos espacios, subdivididos caóticamente, sirvió de argumento patrimonialista –y de razón capitalista– para destruir las casonas<sup>3</sup>. Lo paradójico es que esa destrucción sólo sirvió para obliterar la fase democrática de su habitación –la del conventillo– y con ello resurgieron sintagmas coloniales más remotos, como el trabajo servil y la exotización. Hoy la calle Illampu se ha llenado de agencias turísticas que ofrecen viajes de aventura a las selvas y salares para observar salvajes o experimentar lo inhabitable. En los pisos intermedios se ha equipado hoteles para todo bolsillo, y en los superiores se ha construido departamentos para las capas medias arribistas, que marcan sus signos de distinción en el consumo ostentoso y en la figura de la “sirvienta” o trabajadora del hogar, a quien recluyen en “medios cuartos, para medias personas”. La modernidad de fachada esconde la reproducción de viejas lógicas, que además pesan como mala conciencia cultural, ya que sus habitantes suelen bailar con llamativos trajes indígenas en las “entradas folclóricas” que pasan por esa calle rumbo al centro de la ciudad.

---

1 [Des]andando por la calle Illampu, ensayo visual performativo que en su primera versión contaba con 44 fotografías. Este ensayo fue expuesto, a modo de performance, en diversas ocasiones (Nueva York 2002, La Paz, 2003-2016, Quito 2010 y varias más). En cada versión, tanto el texto como la actuación se modifican levemente, en atención al contexto geo-histórico y político de enunciación.

2 Los tambos eran postas en los caminos prehispánicos, donde los viajeros descansaban e intercambiaban productos y conocimientos. Fueron incorporados al sistema colonial de servicios gratuitos de los ayllus, para dar fluidez a los trajines comerciales de larga distancia. En La Paz, los tambos fueron construcciones de gran tamaño, que servían como alojamiento y mercado a la población de las comunidades andinas que llevaba sus productos a las ciudades. Algunos de ellos pasaron a ser propiedad privada de los caciques o mallkus coloniales (autoridades étnicas), como es el caso del Tambo Kirkinchu, hoy patrimonio histórico del municipio paceño. Ver la tesis de licenciatura de Álvaro Pinaya, De Tambos a Hoteles en la calle Illampu (2012).

3 Ver el artículo periodístico de Álvaro Q. Pinaya (2015), “De tambos a hoteles en la calle Illampu”, Los Tiempos. Cochabamba (19/07/2015).

---

¡Cuántas paradojas revelan estas historias o alegorías sociales! El arcaísmo se hunde en el subconsciente y sólo sale a la luz en estallidos (festivos o rebeldes) que ponen en cuestión la inteligibilidad de lo real. Se piensa que al recluir, segregar o espectacularizar los anacronismos sociales se han conjurado sus efectos/afectos, pero no ocurre tal cosa. La destrucción de la modernidad comercial cholo-india de la ciudad del pasado –modernidad ch'ixi– ha dado paso a una modernidad pastiche y a una cultura pã chuyma, atrapada en una situación de double bind<sup>4</sup>. Los flujos del mercado interior que la animaron se han visto sustituidos por una suerte de extractivismo simbólico de corte colonial, que alimenta circuitos globales de depredación e intercambio desigual. En el trasfondo de un proceso de modernización –económica, estética y urbanística– la sociedad vive una regresión. La fase popular/democrática del pasado y sus protagonistas ceden ante los circuitos globales –o intentan penetrar en ellos– sin conseguir desmontar los mecanismos que conducen a la reactivación del yugo colonial. Esta situación, plagada de incertidumbres e incoherencias, es la que pretendo abordar al caracterizar lo indio como moderno, y al mundo ch'ixi como una epistemología capaz de nutrirse de las aporías de la historia en lugar de fagocitarlas o negarlas, haciendo eco de la política del olvido.



*Ukhamapuniskiw.*  
Así no más es. El espíritu decaído de la calle Illampu, y el espíritu dinámico de nuestros dioses ancestrales con-viven en una entidad única y agonista, el aka pacha de *Chukiyawumarka*, alimentándonos de *ch'allas, akhullis*, y de luchas por una modernidad *jiwasa*. Ese espíritu está creciendo, aquí y ahora, mientras se enciende y se agiganta nuestro amor y nuestra furia.

---

<sup>4</sup> En el glosario de mi libro *Sociología de la imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina*, defino así esta idea: “*Double bind* es un término acuñado por el antropólogo Gregory Bateson para referirse a una situación insostenible de “doble constreñimiento” o “mandatos antagónicos”. Eso ocurre cuando “hay dos imperativos en conflicto, ninguno de los cuales puede ser ignorado, lo cual deja a la víctima frente a una disyuntiva insoluble, pues cualquiera de las dos demandas que quiera cumplir anula la posibilidad de cumplir con la otra”. Aquí usamos la traducción aymara *pã chuyma* para referirnos a un “alma dividida”, literalmente “doble entraña” (*chuyma*). Si relevamos a esta expresión de sus tonalidades moralizantes, tendríamos exactamente una situación de *double bind*. Al reconocimiento de esta “doble” y a la capacidad de vivirla creativamente les hemos llamado “epistemología *ch'ixi*”, que impulsa a habitar la contradicción sin sucumbir a la esquizofrenia colectiva. Es justamente como Gayatri Spivak define *double bind*: “un ir y venir elíptico entre dos posiciones de sujeto en la que al menos uno de ellos –o por lo general ambos– se contradicen y al mismo tiempo se construyen entre sí”. Según ella, esto nos permitiría “aprender a vivir en medio de mandatos contradictorios”.

---

---

## GLOSARIO DE AYMARISMOS

**Aka pacha.** Una de las cuatro esferas del cosmos: el aquí ahora.

**Achachila.** aymara, lit. abuelo. Se refiere a las deidades andinas encarnadas en las montañas de la cordillera de los Andes.

**Akhullikar, akhulli.** Castellanización del verbo aymara akhulliña. Chupar suavemente las hojas de coca en la mejilla, combinándolas con llipta (cenizas de diversas plantas) lejía u otra sustancia alcalina. No es "mascar" ni "masticar", aunque en castellano se traduce como mascar coca. Akhulli sería el acto de hacerlo, pero también las reuniones que se realizan para compartir la hoja de coca entre amistades, familiares o compañer@s.

**Ch'alla.** Aspersión ritual de alcohol y coca para pedir permiso o bendición a la tierra.

**Ch'ixi.** Aymara lit. Gris. Color hecho de puntos blancos y negros yuxtapuestos y entreverados. Metáfora para un tipo de mestizaje que incorpora y reconoce la polaridad euro-india, como contradicción potencialmente descolonizadora

**Chiflera.** vendedora de artículos rituales para realizar ofrendas a los dioses andinos: misas dulces, sullus (fetos de llama) y un sin fin de dulces y objetos simbólicos que alimentan las wajt'as o ceremonias andino populares en las ciudades y áreas rurales de Bolivia. En La Paz, las chifleras se ubican en las proximidades de la calle Illampu, entre la Sagárnaga, Linares y Santa Cruz.

**Chukiyawumarka.** Nombre ancestral aymara de la ciudad de La Paz.

**Chuyma.** Lit. Entrañas superiores; suele traducirse como corazón, pero en realidad incluye a los pulmones y al hígado. El chuyma es la sede de una forma de pensar asociada con la memoria.

**Jiwasa.** Cuarta persona del singular en aymara. Lit. Nosotrxs, pero entendido como sujeto de enunciación singular.

**Q'ara.** aymara, lit. desnudo, pelado. Se refiere a los sectores europeizantes y blancoideos de la sociedad boliviana, que han fundado su poder económico y político en la expropiación y el usufructo ilegítimo del trabajo, la tierra o los recursos de "lxs de abajo".

**Qhipnayr uñtasis sarnaqapxañani.** Aforismo aymara cuya traducción aproximada sería: hay que caminar por el presente mirando (frente a los ojos) el pasado, y (cargando) el futuro a la espalda.

**Saxra hora.** Hora del diablo u hora de la flojera, se dice de los antojos que se comen entre comidas, que en la región andina son platos específicos.

**Ukhamapuniskiw.** Lit. Así nomás siempre está siendo.

---

---

## **PREMIO INTERNACIONAL “CGLU - CIUDAD DE MÉXICO - CULTURA 21”**

El “Premio Internacional CGLU – Ciudad de MÉXICO – Cultura21” tiene como objetivo premiar a ciudades y personas líderes que se hayan destacado en su aporte a la cultura como dimensión del desarrollo sostenible. Los días 19 y 20 de mayo de 2016 se celebró la última reunión del jurado, integrado por Eduardo Vázquez Martín, María Victoria Alcaraz, Emmanuel Kouéla, Leônidas de Oliveira, y Farida Shaheed. El Jurado deliberó sobre el nombramiento de una ciudad entre las 56 candidatas y de una personalidad ganadora. El premio “personalidad” fue otorgado ex aequo a Jon Hawkes y Silvia Rivera Cusicanqui. La ceremonia de entrega del Premio tuvo lugar en la Ciudad de México (México), el 27 de noviembre de 2016.

**[WWW.PREMIO.AGENDA21CULTURE.NET](http://WWW.PREMIO.AGENDA21CULTURE.NET)**